

inquietante que es el que ahora comienza a vivir, animando sus páginas con un trágico sentido de esperanza. El, por su parte, constituye la revelación de una esperanza para las nuevas letras del Kollasuyu, que juntamente con otras manifestaciones sociales, germinan en la post-guerra. Sus condiciones de compositor, la calidad de su prosa y su poética facultad para la metáfora, le señalan un camino de superaciones. Deberá—y esto se lo dirá su gusto depurado—renunciar a la cristalería de lujo, el exceso retórico, para no desvirtuar con una tropicalidad desconcertante el tono severo de su obra. De este «Aluvión de Fuego» y de las que vendrán.—AUGUSTO CÉSPEDES.

ALUVIÓN DE FUEGO, por *Oscar Cerruto*.—Editorial Ercilla.

Tiene este libro el valor de un ensayo vibrante, rico en penetraciones dispersas, sobre la vasta y caudalosa tragedia que pulsa el pueblo boliviano. No es como lo querría el título, una novela de la guerra del Chaco, ni hay tal aluvión de fuego, pero llena el espacio total de la obra, la honda tiniebla, a veces encendida en fuerza de fricciones, a veces impasible, encima de la abyección y de la muerte. Mundo de tinieblas, inmóvil, con la temible quietud del alma nativa, anclada en la superstición de la montaña, de la llanura y del lago, o sacudido con fuerza de cataclismo por las torvas excitaciones del odio.

El protagonista, un adolescente—todo el libro vibra en recia y voraz adolescencia—arranca de la poesía y del idilio hacia la guerra, por la vía romántica del patriotismo imaginativo, declamatorio y ardiente. A medida que las botas claveteadas se hunden en los variados fangos de la realidad, se genera en el joven el romanticismo de la justicia redentora del mundo. Mauricio Santa Cruz, en densas y animadas discusiones de soldados y de obreros, procura apartar, o desgarrar la sombra que esconde los conceptos de patriotismo, de justicia y de todos aquellos derechos que se levantan todavía como espejismos en el horizonte de nues-

tro tiempo. Los hechos reunidos para afianzar la argumentación vienen de cada parte del continente y así aparecen notaciones agudas o ingenuas sobre Chile, Perú y algún otro país vecino. No alcanzan estas observaciones sobre la vida indóamericana, la solidez necesaria; no pasan de marginales rápidamente estampadas. Discusiones y monólogos construyen en el héroe actitudes decisivas para su existencia de soldado y de luchador de las ideas. Su concepto de la justicia tiene ocasión de manifestarse en forma dramática frente a una medida extrema de la autoridad militar en contra de los cabecillas de una insurrección indígena. La tropa se niega a disparar sobre los ajusticiados y Mauricio y algún otro asumen la responsabilidad de tal desobediencia. Se les encierra en un calabozo y logran evadirse. Con esto acaba el soldado que hay en Mauricio y se perfila el obrero. No ha terminado, sin embargo, con aquél, el denodado buscador de justicia, el soldado del bien común, de aquellas ideas que hechas conciencia colectiva, habrían de crear una nueva existencia, libre, voluntaria, portadora de un mínimo lastre de dolores. Es breve, aunque intensa esta etapa final de la vida de nuestro héroe. La prédica de las doctrinas que sustenta crea conflictos en la mina en que trabaja. La represión no tarda y los obreros, dispuestos a resistir, se baten en desenfadada acción, protegidos por el paisaje, junto a los despeñaderos de la sierra.

«Con el alba, la lluvia se emblanqueció, más fría y trasmisiva. Sólo entonces el sueño penetró en los aceros y acalló la fusilería; un silencio grande y sombrío se alzó sobre las sierras. Casi al borde del despeñadero agonizaba Mauricio. Se mordía levemente el labio inferior...».

Tal vez lo mejor del libro está en su tercera parte. El héroe olvida un poco su romanticismo introspectivo y pisa con firmeza. Sus ideas, claras o no, definen su existencia y marcan su destino. Su figura se acentúa contra aquel paisaje abrumador del altiplano y los choques brutales, donde se amalgam^e la indiana ebria y cruel con los grupos obreros, decididos y astutos,

contra las fuerzas policiales y el ejército, lo envuelven en un resplandor de legítima epopeya. La desintegración normal del libro no me parece un defecto; por el contrario creo que el ancho, desmesurado panorama que se alcanza en la novela, no permite una disposición preceptual en la razón de la fuerza poderosa que impone la desintegración caótica del mundo que interpreta: el pueblo boliviano; masas estáticas de indios envilecidos, sensibles apenas al garrote, y que el odio arremolina esporádicamente; masas obreras contradictorias; masas de soldados sin disciplina y sin rumbo, junto a férreos combatientes; una clase media sin mucha conciencia de su misión; y una minoría mandataria que viene de la tenebrosa colonia, sin haber higienizado su mente.

«Aluvión de Fuego» nos hace pensar en esa formidable «Raza de Bronce», de Arguedas, cuyo sombrío fondo, donde respira un pueblo aletargado por la barbarie patronal, podría servir de atmósfera a todas las novelas americanas. En «Aluvión de Fuego» se advierte la auroral inquietud de los pueblos que se remueven en la densa tiniebla de los sueños seculares, bajo la influencia de los estímulos que flotan sobre el mundo. El paisaje impone a veces su magia terrible y su rudeza, pero a ratos largos el hombre camina mirándose en su propia conciencia, turbia o iluminada.—LAUTARO YANKAS.

MIRADAS SOBRE EL MUNDO ACTUAL, por *Paul Valery*.

Es un libro breve, aunque denso de contenido, a menudo de pensamiento extraordinariamente penetrante, donde Paul Valery analiza diversos aspectos fundamentales (o elementales) que interesan a la inteligencia humana. La historia, la política, los partidos, las guerras son estudiados, verdad que fragmentariamente, en un sentido general y abstracto, no obstante que Valery se basa con frecuencia en hechos y accidentes concretos. Pero su mismo concepto de la historia—«la historia justifica lo que uno desea»—le impide o más bien, le obliga a usar como ele-